

LA BÚSQUEDA DE UN ESTADO POSTMODERNO VRS LA RECONSTRUCCION DEL ESTADO MODERNO¹

*Ludwig Güedel**

INTRODUCCION

La discusión acerca de la modernidad y postmodernidad, difundida ampliamente en los círculos de destacados intelectuales y escritores de los países desarrollados y de los países con mayor desarrollo cultural en América Latina, aparece como una actividad de filósofos o científicos sociales acostumbrados a producir conocimiento muy abstracto y, muchas veces, alejados de la realidad concreta. Para muchos colegas de las ciencias sociales modernidad y postmodernidad son, en este sentido, conceptos que tienen poca o ninguna relación con los hechos cotidianos, tales como el ajuste estructural, la apertura económica, la reforma del Estado, etc. ¡Cuán equivocada es esta percepción! La modernidad no solo es un marco explicativo de lo que ha sido el acontecer social de nuestra nación, sino que constituye, mucho más que en cualquier país de América Latina, el eje de estructuración de nuestra sociedad.

Voy a intentar en el presente artículo vincular éste debate con la realidad social concreta de nuestro país. Presumo que si bien la modernidad corresponde a una era del desarrollo de la humanidad que establece la posibilidad del uso consiente de la razón como medio para lograr la emancipación social, es posible referirla a una experiencia histórica concreta. Ello por cuanto la modernidad refiere a un modo de vida, es decir, como señala Berman, constituye una experiencia vital.

"Ser modernos es encontrarnos en un medio ambiente que nos promete aventura, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros mismos y del mundo -y que al mismo tiempo amenaza con destruir todo lo que tenemos, lo que sabemos, lo que somos-. Los ambientes y las experiencias modernas cruzan todas las fronteras de la geografía y la etnicidad, de las clases y la nacionalidad, de la religión y la ideología: en este sentido, nos arroja a un remolino de desintegración y renovación perpetuas, de conflicto y contradicción, de ambigüedad y angustia. Ser modernos es ser parte de un universo en el que, como dijo Marx, "todo lo que es sólido se evapora en el aire" (Berman y otros, 1989, P:67).

El proyecto de la modernidad constituye, como señala Habermas (Habermas, 1998), un proyecto emancipatorio en la medida en que concibe a la razón como un instrumento al servicio de la libertad. El capitalismo, sin embargo, trastoca esto fomentando el cálculo como el elemento organizador de la vida social por medio del mecanismo de mercado. En este

¹ Participación en la mesa redonda organizada por el Instituto de Investigaciones Sociales con el título "¿El fin del sujeto? Un debate de la postmodernidad".

* Profesor del Departamento de Sociología de la Universidad de Costa Rica.

sentido, la razón instrumental,² que pudo ser un excelente medio para alcanzar una sociedad más justa e igualitaria, se convierte en un factor distorsionador del proyecto de emancipación surgido con la Ilustración. Ambos proyectos de sociedad se desarrollan paralelamente. El surgimiento del Estado Social y de las instituciones democráticas constituye la prueba palpable de que es posible la construcción de sociedades más democráticas y, por consiguientes, más integradas en una voluntad común. No obstante, aunque parezca paradójico, también el Estado Social supone la institucionalización de la razón técnica-instrumental y de la construcción estratégica de lo social, lo que implica la formación de un poder totalizador y uniformador que tiene consecuencias negativas para el proyecto emancipatorio.

En el caso de América Latina autores como Lechner (Lechner, 1977) hablan de una modernidad inacabada, que se expresa en la heterogeneidad social y política de nuestras naciones, lo cual ha impedido el surgimiento de un proyecto unificador e integrador, y en las dificultades de establecer instituciones democráticas permanentes. Hecho que explicaría los recurrentes regímenes autoritarios en la región.

Costa Rica, en este sentido, constituye una excepción. Ultimamente más reconocida cuanto más se plantea la posibilidad de configurar proyectos integradores en aquellas naciones azotadas por el autoritarismo y las dictaduras. En este sentido, yo quisiera formular como tesis que la excepcionalidad de nuestra nación en lo que respecta a la configuración de una sólida democracia política, con ciertas y pronunciadas inclinaciones sociales, obedece a que el proyecto de modernidad, por diversas razones históricas, algunas de las cuales han sido reseñadas por los historiadores, constituyó la perspectiva orientadora de su desarrollo político y social. Este, a diferencia de los demás países de América Latina consiguió materializarse en un proyecto de sociedad que garantizó hasta los años ochenta estabilidad política e integración social, pues logró ir articulando el conjunto social en torno a un proyecto nacional que instituyó una voluntad e identidad colectiva.

MODERNIZACION POLÍTICA Y MODERNIDAD

Una de las características más significativas del proyecto de sociedad surgido hacia finales del siglo pasado en Costa Rica es sin duda alguna la configuración de un pensamiento político amparado en la razón. Esta fue una clave que permitió ir configurando una sociedad fundamentada en instituciones políticas y sociales. Cuando me refiero a instituciones lo hago fundamentándome en las concepciones de los clásicos, como Durkheim (Durkheim, 1974), Parsons (Parsons, 1986) y Weber (Weber, 1977). Es decir, en la coagulación de una voluntad

² La definición de racionalidad utilizada en este artículo se basa en la concepción que al respecto desarrolla Habermas, particularmente en su libro Teoría de la Acción Comunicativa. Esto es: "como una disposición de los sujetos capaces de lenguaje y acción. Se manifiestan en formas de comportamiento para las que existen en cada caso buenas razones. Esto significa que las emisiones o manifestaciones racionales son accesibles a un enjuiciamiento objetivo" (Habermas, 1986. p. 42-43). Este autor distingue entre racionalidad instrumental, es decir, aquella que está relacionada con acciones orientadas a fines y la racionalidad comunicativa, que implica acciones dirigidas a crear consensos y por consiguiente, relaciones de reconocimiento recíproco.

colectiva consciente que establece un control de las prácticas y costumbres sociales. Las instituciones políticas permitieron encauzar las acciones sociales e individuales dentro de un marco regido por leyes que fueron demarcando límites y, al mismo tiempo, estableciendo puentes entre los diferentes sectores sociales.

Diferentes sectores sociales y políticos contribuyeron a ese proceso en distintos momentos y con proyectos específicos. Primero fueron los liberales de la generación del Olimpo, quienes elaboraron un proyecto de institucionalización de la sociedad orientado a favorecer el desarrollo del mercado que, por distintas razones, fue incorporando algunos elementos sociales y recogían aspectos político-ideológicos del proyecto emancipador de la Ilustración. Es decir, no correspondía enteramente al proyecto liberal manchesteriano. Después surgieron otros sectores importantes: en primer término, los comunistas, socialistas y hasta los anarquistas, quienes a partir de comienzo de este siglo se plantearon la posibilidad de la construcción de un proyecto emancipatorio. En el caso de los comunistas destaca el hecho de que a pesar de su ortodoxia leninista y estalinista, nunca se plantearon una propuesta estrictamente clasista, adelantándose así muchos años a los planteamientos neo y posmarxistas con respecto al concepto de democracia y política. En segundo término, los socialdemócratas del Centro de Estudios para los Problemas Nacionales, quienes también se dieron a la tarea de imaginarse una sociedad costarricense utópica, plantearon sus tesis de construcción de un Estado Social. Proyecto que, a diferencia de la socialdemocracia europea cuyas raíces son marxistas, se distinguió por su pragmatismo y la influencia de las tesis keynesianas. En tercer término, los socialcristianos, quienes haciendo eco de la famosa encíclica *Cuadragésimo Anno* también se plantearon un proyecto utópico que procuraba un capitalismo con rostro humano.

Consecuentemente, la sociedad costarricense consiguió crear un conjunto de proyectos utópicos que otorgaron sentido a la acción social de diferentes grupos y posibilitaron establecer las relaciones políticas sobre bases racionales. En este sentido, el proyecto occidental de la modernidad, originado en el proyecto emancipatorio de la Ilustración, cuyos principios son la universalidad y la racionalización consciente de lo social, logró calar y orientar la estructuración social de nuestro país. Ciertamente la conformación de estos proyectos y su condensación en instituciones políticas y sociales fue un proceso, por lo demás, bastante complejo, contradictorio y no exento de autoritarismo, tal y como lo han reseñado nuestros historiadores.

Hay que destacar que este fue un periodo de sujetos trascendentes, propio de la modernidad. Si bien, los proyectos utópicos generados en este periodo no se redujeron a la defensa unilateral de Intereses clasistas, sino que por su pretensión de universalidad pretendieron constituirse en proyectos más integradores, respondían, obviamente, a clases sociales específicas, las cuales se afanaban por constituirse, según la terminología de Gramsci (Cfr Glucksman, 1978) en clases dirigentes. En tanto sujetos trascendentes y paradigmáticos conformaban voluntades colectivas cuya acción se consideraba teleológica y totalizadora. Algunas de estas se expresaron en organizaciones políticas tales como el partido comunista, el cual se consideraba portador del germen de la nueva sociedad o centros de estudios, que se presentaban como élites que, según ellas, encarnaban el espíritu de la época y el futuro social.

El proyecto de modernidad impulsado por los liberales, recogido y alimentado por comunistas, socialistas, socialdemócratas y socialcristianos, estuvo incompleto hasta los años cuarenta y cincuenta, cuando finalmente se consumó la institucionalización de la sociedad costarricense, gracias al respeto del sufragio universal y a la conformación del Estado Social, los cuales constituyeron la base de la democracia política costarricense y la posibilidad de construir una democracia social.

Como bien señala Durkheim (Durkheim, 1974. p. 95) en un lindo pasaje de su libro *Lecciones de sociología*, que se adelanta veinte años a los planteamientos weberianos y keynesianos, el Estado constituye una voluntad colectiva consciente. Es, en otras palabras, la institucionalización de la razón colectiva. Por ello, a partir de los cincuenta logra consolidarse el ingreso de Costa Rica. Se inicia un proceso de homogenización social, se lleva a cabo una dinámica de integración y de identidad colectiva y se consolida un único proyecto universal: el proyecto liberacionista, una mezcla de concepciones desarrollistas alimentadas por los enfoques neoclásicos y keynesianos y de planteamientos socialdemócratas, que logra integrar los contenidos de los proyectos comunistas, socialdemócratas, socialcristianos y liberales. Así pues, mientras en el resto de los países de América Latina las sociedades se debaten cruentamente entre el ingreso definitivo a la modernidad y la continuación de proyectos patrimoniales de corte personalista y con planteamientos políticos prácticamente medievales, en Costa Rica se ven fortalecidos los signos de la modernidad mediante la conformación de un Estado que sin ser absolutamente representativo tiene la virtud de crear espacios e instancias que conllevan al reconocimiento recíproco.

Ahora bien, con el Estado Social, cuyo papel fundamental es ejercer un control de lo social, y el sufragio universal, que obliga a la ciudadana a regirse por normas racionales, surge, sin embargo, un proceso de diversificación social y de surgimiento nuevos sujetos políticos. En efecto, la apertura del espacio público conduce a la repolitización de la sociedad en la medida en que se realiza un reconocimiento de intereses y necesidades sociales.

La institucionalización de las demandas inaugura, por tanto, la ingeniería social y con ella la tecnoburocracia comienza a consolidarse en el país. El mundo de expertos, al cual se ha referido Habermas (Habermas, 1988) para explicar el desarrollo de la razón instrumental, logra consolidarse. Vemos entonces como el profesional de la política sustituye al intelectual y al político liberal, y, posteriormente, como el tecnócrata comienza a sustituir al profesional político.

En virtud del desarrollo del Estado Social y de la consolidación de las instituciones democráticas, surge un nuevo sujeto, un sujeto distinto. Un sujeto de carne y hueso, inmediatista, y, en la medida en que se preocupa exclusivamente por sus únicos intereses y necesidades, particularista. De este modo, paradójicamente, el Estado Social, cuya pretensión es la conformación de una voluntad colectiva consciente, de un cerebro social como lo denomina el modernista Durkheim, produce un sujeto tanto menos colectivo cuanto menos trascendente, pero un sujeto real, es decir, un sujeto que no se disuelve en ninguna de las utopías planteadas por los paradigmas político-ideológicos que en este momento todavía tenían vigencia: marxistas y socialdemócratas. De ahí que, la política adquirió una dimensión

pluralista y relacional que deja de estar concentrada en una única instancia: el partido, el centro, etc. y se dispersa, literalmente, se riega en la sociedad.

EL PRODUCTIVISMO:

EL PROYECTO DE MODERNIZACION CAPITALISTA

La modernidad, sin embargo, constituye al mismo tiempo un proceso de modernización económica y éste se ha encontrado ligado al mercado. El mecanismo de mercado constituye otra forma de racionalización de lo social, pero de bases individualistas. El mercado instauro el cálculo como eje articulador de la sociedad. De modo que el proceso de construcción de un proyecto político universal e integrador, también supuso, concomitantemente, el desarrollo del mercado, y con él la entronización de la razón instrumental en las relaciones sociales. El mercado no es suficiente para integrar la sociedad, de ahí que fue necesario un dispositivo colectivo: el Estado. Además el mercado no es, por supuesto, lo social y en razón de ello es que lo colectivo surge y se cristaliza finalmente como instancia de comunicación y de cohesión de la sociedad. No es casual, por consiguiente, que los sociólogos funcionalistas prescribieran la conformación de estructuras colectivas y totalizadoras como mecanismos para lograr la integración de una sociedad esencialmente atomizada.

El surgimiento del Estado Social no significó solamente la conformación de "un cerebro social", sino que, también, se enmarcó en un proyecto de modernización capitalista, donde el aumento de la productividad y el consumo representaron los propósitos fundamentales. Este proyecto ha venido aparejado al proyecto utópico de carácter emancipatorio que se ha venido configurando en el país desde finales del siglo pasado. Más aún, son dos proyectos que se confunden entre sí y que a partir de los años cincuenta establecieron coincidencias, sobre todo en lo relacionado con la participación del Estado en el desarrollo económico. No obstante, ambos responden a propósitos diferentes. En este sentido, al mismo tiempo que ocurre la metamorfosis política, también sucede el fortalecimiento de las expresiones instrumentales expresadas en la expansión del mercado.

El productivismo alcanza, por consiguiente, significación en este proyecto de sociedad que surge en el país en los años cincuenta, hasta llegar en los ochenta a imponerse definitivamente mediante la modalidad de los enfoques neoliberales: librecambistas u ofertistas.

A partir de este momento se produce una ruptura institucionalizada en el desarrollo político y social en el país. El proyecto de ingreso a la modernidad surgido hacia finales y principio del presente siglo, alimentado y acabado en los años cincuenta entra en una profunda crisis. Entendida esta, no como derrumbe, sino como un momento de problematización de lo viejo y de surgimiento de lo nuevo.

Ello se expresó en el Estado Social, principal componente de nuestro Ingreso a la modernidad, el cual no tuvo la misma capacidad de racionalización que lo hizo útil en el pasado. La responsabilidad de asumir el futuro de la sociedad lo hizo incapaz de producir una oferta adecuada. De este modo, las demandas, producidas en gran medida por las expectativas que él mismo generó al reconocer las necesidades e intereses de muy diversos grupos sociales,

no se satisficieron del mismo modo que antes. Curiosamente, su poder, ese poder totalizador criticado por Foucault, lo condujo a una situación de infortunio.

De este modo el Estado dejó de controlar con la misma intensidad a la sociedad una sociedad muy diversificada y diferenciada. Surge así un proceso de liberalización de la sociedad, producido en algunas ocasiones por las medidas desregulatorias y en otras por la misma dinámica arrolladora del mercado, cuyas bases fueron creadas desde los años cincuenta.

La sociedad comienza a desvincularse del Estado. El poder totalizador y uniformador que tenía en los setenta fue perdiéndose poco a poco hasta arrojar una sociedad muy diferente. No es necesario disponer de instrumentos estadísticos para percatarse de que la sociedad que emana de este proceso de 'destete' del Estado, es una sociedad con tendencias a la dualización, en tanto que aparece una porción de la sociedad viviendo con ciertos patrones de consumo y estilos de vida selectos o relativamente selectos y otra porción de la sociedad viviendo en condiciones paupérrimas, o al menos, en condiciones materiales muy desfavorables. Una sociedad con tendencias a la fragmentación, porque en el interior de cada una de estas porciones se localizan a su vez sectores que funcionan como ghettos sociales. Una sociedad diversa porque a pesar de la uniformidad que establece el mercado en términos de modas y consumos no es posible localizar un sentido integrador en las prácticas y costumbres sociales. Una sociedad diferenciada porque los subsistemas económicos y sociales tienden a especializarse descentrarse cada vez más.

De este modo el sujeto trascendente de la primera mitad de siglo y las voluntades colectivas configuradas por el Estado Social, empiezan a dar lugar a otro tipo de sujeto. Al sujeto espontáneo que se configura a partir de intereses básicos e inmediatos, pero que se disuelven rápidamente para resurgir quién sabe cuándo; el sujeto individual, que encarna procesos sociales y es la punta del *iceberg* de procesos larvados u ocultos. Sujetos invisibles que darnan por su visibilidad y atraviesan transversalmente toda la estructura social.

Es así como los temas sociales en el país comienzan a diversificarse. Ya no se concentran en la industria, ni en el campo, pero tampoco en el Estado. Surgen de las comunidades, de los ghettos, de los pobres o más pobres inclasificables, de las mujeres, los estudiantes, los empleados públicos, etc.

Concomitantemente, el Estado inició un *vía crucis* de reformas. La sociedad cambió y ya no pueden postularse los principios totalizadores nacidos de las concepciones universales emanadas del proyecto de la modernidad, además la racionalidad burocrática, que a decir verdad nunca funcionó adecuadamente en el país, a diferencia de lo que ha ocurrido en países capitalistas avanzados, se mostró incapaz de ordenar y organizar la gestión pública. Ello ha llevado al Estado a una situación que se encuentra al borde del colapso, principalmente en lo que respecta a las políticas de integración social. Surgen entonces planteamientos que procuran revisar el concepto moderno del Estado, los cuales tienen en común la configuración de un Estado racional. Este contenido del Estado se visualiza de distintas maneras. Para los neoliberales significa un Estado coordinador del espontaneísmo social. Para los neosocialdemocracia un Estado estratégico. Aparecen así dos conceptos muy interesantes, pues suponen una reconceptualización de la gestión pública: la gerencia estratégica y la gobernabilidad. La primera hace alusión a un tipo de gestor público capaz de ejercer liderazgo

y de reaccionar a la incertidumbre. Del concepto rígido y formal de administración se pasa a un concepto eminentemente subjetivo. El gestor público no es una expresión de una estructura sino un sujeto. Justamente por su cualidad y calidad de sujeto es que se le encomienda la difícil responsabilidad de la coordinación gestión pública. El concepto de gobernabilidad se basa en criterios semejantes. Se trata de flexibilizar la gestión del conflicto social, otorgándole un sentido estratégico a las políticas de control e integración social. Como la escasez de recursos supone la imposibilidad de la satisfacción total de la demanda, se procura entonces la construcción de un consenso racional predeterminado. De ahí que el Estado deba tener la autonomía suficiente y la capacidad técnica necesaria para construir compatibilizaciones que permitan no comprometer recursos inexistentes pero satisface, al menos de manera coyuntural, las exigencias de la clientela.

Cabe destacar, que esta reconceptualización del Estado se plantea en el marco de un supuesto retorno a la sociedad civil. De este modo se asume que el Estado no puede ni debe procesar administrativamente todo el conflicto social, tal y como se realizaba en el pasado. En consecuencia tiene que, ser lo suficientemente racional como para seleccionar los conflictos y las áreas sociales que deben ser intervenidas y, además, debe, entonces, promover órganos intermediarios en la sociedad civil o redimensionar instituciones como la familia para que asuman un papel administrativo, ante la imposibilidad y dificultad del Estado de realizar el papel que antaño llevaba a cabo.

Surgen así nuevos sujetos colectivos como las ONG y se refuncionalizan las tradicionales organizaciones laborales y comunales, para forjar una especie de neocorporativismo social cuya función es la del enlace entre esa nueva sociedad civil, dispersa, fragmentada y diversa y un nuevo Estado: un Estado social restringido pero más racional.

CONCLUSIÓN

En conclusión, la sociedad costarricense vislumbra la posibilidad de un tipo de modernización que implica el fortalecimiento de la razón instrumental. Esto se expresa en las tendencias a la consolidación del mercado y al desarrollo de un Estado "enteramente" racional, controlado por los tecnoburócratas. Estas dos tendencias no necesariamente son excluyentes. Es posible una combinación entre una sociedad cada día más regulada por el mercado y un Estado que si bien continúa "interviniendo", es decir, no ha dejado su pretensión de dirigir a la sociedad, lo hace solo en ámbitos técnica y políticamente predeterminados. Los enfoques políticos actualmente vigentes: neoliberales y neosocialdemócratas, comparten esta orientación de la sociedad, costarricense, aunque discrepan sobre las proporciones de la mezcla: los primeros propugnan por más mercado, sin embargo se han visto obligados a reconocer la funcionalidad del Estado para ejercer el gobierno de la sociedad. Los segundos continúan propugnando por la injerencia del Estado pero han terminado por aceptar que la política de organización del consenso no puede desprenderse de la base material. En virtud de lo cual consideran que debe comentarse una acumulación de capital adecuada y ajustarse la construcción social del Estado a la capacidad de crecimiento de la economía.

La gran utopía que orientó el desarrollo sociopolítico de nuestro país, la del progreso con democracia social, tiende a ser sustituida por una concepción pragmática: la

modernización. Para los neoliberales utopía equivale únicamente a mercado. Para los neosocialdemócratas esta ecuación es simplista, sin embargo apoyan la modernización, aunque esto implique más mercado. No obstante reconocen las consecuencias y los costos políticos y sociales que ello significa para la sociedad costarricense, hecho que los obliga a buscar fórmulas compatibilizadoras entre su proyecto del pasado y las exigencias del futuro que al menos preserven algunos rasgos de la democracia social. Por ello apuestan de nuevo a la capacidad racionalizadora del Estado, pero desde una perspectiva diferente en la cual este órgano se concibe principalmente como un ente orientado a construir la concertación (gobernabilidad).

Todo ello crea la imagen de una nueva sociedad costarricense sin proyecto emancipatorio y sin sujeto colectivo, que depende del espontaneísmo social determinado por el mercado y la sociedad civil.

En un contexto político e ideológico, en el cual la j&a. de desarrollo ya no se encuentra vinculada a instituciones colectivas como el Estado, el concepto de sociedad civil gana terreno dentro de la terminología oficial. Es sintomático, en este sentido, el hecho de que tal concepto se convierta en eje del programa de gobierno de; candidato a la presidencia del Partido Unidad Socialcristiana para el período, 1994-1998, Miguel A. Rodríguez, quizás el mejor representante del neoliberalismo en el país. Algunos sectores de izquierda o progresista, mistificaron la sociedad civil, creyeron ver en ese proyecto el tan ansiado autogobierno de la sociedad civil que postulan los socialistas y decididamente se volcaron a apoyar a dicho candidato.

Evidentemente, hay un creciente desprecio hacia las instituciones colectivas como el Estado y una revaloración de la sociedad civil. No obstante, se establecen claramente los límites entre las funciones del mercado y de la sociedad civil. El primero tiene el encargo de regular las relaciones económicas de los individuos (empresas y personas). A la segunda se le entregan solamente algunas responsabilidades colectivas del bienestar y determinadas funciones políticas antes realizadas por el Estado. Es decir, el autogobierno de la sociedad civil se encuentra delimitado exclusivamente a la autoproducción de los satisfactores colectivos.

Si bien se requiere una mayor participación de la sociedad civil es necesario discutir qué se entiende por tal concepto, cuál debe ser su ámbito acción y de qué manera se complementa con el Estado. Hay que recordar que la sociedad civil es un conjunto de instituciones de control social, que no funcionan de manera coordinada ni, necesariamente, concertada.

Las instituciones colectivas representan la posibilidad de la reflexión y de la conciencia sopesada. Si bien nuestra sociedad ha cambiado considero que es necesario tender puentes con los proyectos utópicos de la construcción de nuestra modernidad y repensar la crisis de la modernidad, no como un retorno acrítico a la sociedad civil y al individualismo, sino, más bien, recordando que el sujeto trascendente que se cristalizó en un Estado Social sí ha funcionado en nuestro país. En este sentido, quisiera recordar una breve cita de Durkheim (Durkheim, 1974), de ese hermoso pasaje al que ya antes me he referido, en la cual plantea que las instituciones que provienen de la sociedad no siempre son las más claras y cristalinas, sino, por el contrario, en ocasiones son de dudoso origen.

En este sentido, abogaría por la construcción de un proyecto que revalore a la sociedad civil, dentro de una perspectiva que reconozca las diferencias y las limitaciones de los principios universalistas, pero que preserve las instituciones racionales de carácter colectivo como responsables de fomentar la búsqueda de las coincidencias entre los diversos grupos de la sociedad y sirva de facilitadoras para trazar un, camino único hacia un futuro social cuya utopía siga siendo la de construir una sociedad más justa e igualitaria.